

CUCA CANALS

El joven

POE

El circo
del terror



edebé

El joven



POE



El circo
del terror

CUCA CANALS

El joven



POE



El circo
del terror

edebé

© Cuca Canals, 2020
© de la edición: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora editorial: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Ilustraciones interiores: Cuca Canals

1.^a edición, junio 2020

ISBN: 978-84-683-4817-9
Depósito legal: B. 1076-2020
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Con mi agradecimiento a
José Castro y María Pérez Hervada.*



CARTA A LOS LECTORES QUE LEEN UNA NOVELA MÍA POR PRIMERA VEZ


Apreciado amigo o amiga:

Me llamo Edgar Allan Poe, tengo 12 años y vivo con mis padrastros en la calle Morgue de Boston, capital de Massachusetts.


Mi madre murió hace 5 años, pero mi padre está vivo, aunque esto lo averigüé hace poco. Descubrí que se había establecido en Dublín gracias a la información de un familiar lejano. Al parecer, nos abandonó tras la muerte de mi madre. Tengo 2 hermanos de sangre, Rosalie y William Henry. Los 3 vivíamos juntos en un orfanato hasta que nos dieron en adopción y fuimos a parar a 3 familias diferentes. Por suerte, Rosalie, que acaba de cumplir 10 años, vive con sus padrastros a 2 calles de mi casa. En cambio, William Henry reside en Baltimore, a 399 millas de Boston.

Mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 17 años. No lo soporto. Me odia porque cree que voy a quedarme con el dinero de sus padres. Siempre se está peleando conmigo. Yo estoy convencido de que quiere matarme.

En la escuela me llaman «el Raro», pero a mí me da igual lo que digan los demás. ¿A quién perjudico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.



Me encanta hacer formas geométricas con todo; con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos y en las superficies polvorientas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos estén colocados uno al lado de otro y que se toquen entre sí; por ejemplo, los cubiertos o las tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta 13. Bueno, es que soy algo supersticioso. Cada vez que voy a algún sitio en el que no he estado, tengo que formar un círculo caminando. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastrós no me dejarían! Durante las noches de tormenta siempre me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.



Otra razón para que me tilden de raro es que mi padrastro es el dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos. En concreto, 525 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer, me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Con la

escoba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.

Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. A día de hoy esta es la lista de la ropa que tengo (¡también me encanta hacer listas!).

MI ROPA

- 6 camisas de color negro
- 4 jerséis de cuello alto de color negro
- 1 chaleco de color negro
- 2 abrigos de color negro
- 2 pares de zapatos de color negro
- 3 calzones de color negro
- 6 camisetas de color negro
- 3 camisonos de noche de color negro

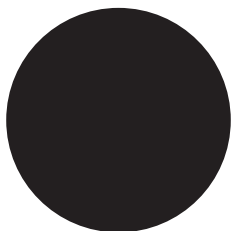
Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche. Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que estoy volando hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi hermanastro Robert Allan. Por eso, cuando sea mayor, quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación puedo ver a mi difunta madre siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.

Una vez en la clase de arte me pidieron que dibujara un plato de sopa y yo hice un rectángulo negro más o menos así:



Le dije al profesor que ahí dentro yo veía perfectamente un plato de sopa. Le pedí que utilizara la imaginación, pero, como la mayoría de los adultos, continuaba sin distinguir el plato.

Entonces concreté más el dibujo:




Hice un círculo y así conseguí que, al menos, se imaginara el plato. Eso sí, no aprobé el ejercicio porque no hubo manera de que viera la sopa.

Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.

También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invierno, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela, siempre le pido que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que Neverland y yo somos amigos. Mi hermana pequeña Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro y mi hermanastro, por supuesto, no saben ni que existe porque, si se enteraran, estoy seguro de que lo desplumarían y descuartizarían sin pensárselo dos veces.

Además de ir a la escuela, me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un catá-



logo donde explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.

Mi sueño es reunir el dinero necesario para que mis 2 hermanos verdaderos y yo podamos ir a buscar a nuestro padre a Dublín, en Irlanda. Con los sustos ya he ahorrado bastante dinero y sé que puedo ganar mucho más porque colaboro con Auguste Dupin, el afamado inspector de la policía de Boston. Le he ayudado a resolver varios casos. Entre ellos, los crímenes de la calle Morgue, el del escarabajo de oro o el caso del gato negro. A cambio, suelo recibir una generosa recompensa. Hace un mes, por fin tenía el dinero suficiente para viajar a Europa. Mis hermanos y yo compramos unos pasajes de barco para ir a Irlanda, pero resulta que nos estafaron. Nos quedamos sin dinero y sin los pasajes. Un desastre. Ahora, al menos, he recuperado la esperanza porque Dupin me ha prometido que me ayudará a dar con el hombre que nos timó. Con un poco de suerte, podré recuperar el dinero para comprar otros pasajes. ¡Auténticos!

Y sin más demora, aquí os presento mi octavo relato.

Espero que os lo paséis de miedo.

Muchas gracias por todo y un gran saludo desde Boston.

Edgar Allan Poe




EL 666 Y OTROS NÚMEROS MALDITOS



¿Alguna vez te has preguntado si los números tienen un significado oculto? Yo sí. Y cada vez más gente piensa igual. Hay números de los que es mejor apartarse porque, según algunos, incluso pueden acabar con tu vida. Por ejemplo, el 6. Por sí mismo no tiene connotaciones negativas. Al contrario, en la simbología de las cifras representa el alma humana y el equilibrio. Pero juntando 3 veces el número 6, el resultado es terrorífico.






Es el número del demonio. El 666 se cita en la Biblia, concretamente en el Apocalipsis, para representar la marca de la bestia, y, por lo tanto, se le relaciona directamente con Satanás.

«Aquí hay sabiduría. El perspicaz que calcule el número de la bestia; es un número de hombre y equivale a 666».

Apocalipsis, 13:18




El 666 no es la única cifra aterradora. Hay más. Y se esparcen por las culturas de todo el mundo. Como el 4, el número de la mala suerte en China. Nadie se atreve a decirlo en voz alta, sencillamente porque su pronunciación se parece mucho a la palabra «muerte». En Japón sucede algo similar con el número 9. Su pronunciación tiene el mismo sonido que la palabra japonesa «tortura». Así, los nipones intentan que no aparezca en ninguna parte para no atraer la mala fortuna, sobre todo en los hospitales y casas de salud. En Italia, desde tiempos remotos, el 17 ha sido un número de muerte y mala suerte. Esto se debe a que el 17, en números romanos, es XVII; si se reorganizan sus letras se forma VIXI, que en latín significa «viví», es decir, «mi vida ya es historia», lo que equivale a muerte.

Yo, al igual que miles de personas, tengo miedo del 13. Hay varias teorías que explican la animadversión tan extendida hacia ese número. En la histo-


ria occidental, la mala fama del 13 nace en la Última Cena de Jesucristo, debido a que eran precisamente 13 los asistentes a dicho ágape. El propio Jesús y los 12 apóstoles, considerando a Judas el número 13 por ser quien cometió la traición. Desde entonces, se dice que 13 personas sentadas a una mesa constituyen un mal augurio. Hay una teoría parecida en los países escandinavos, que explica que Loki, espíritu del mal, era el decimotercer invitado en la cena de los dioses nórdicos. También eran 13 los espíritus malignos según la *kabbalah* (una escuela de pensamiento del judaísmo) y es en el capítulo 13 del Apocalipsis donde aparece el Anticristo. En el tarot, la carta número 13 corresponde a la Muerte. Su nombre es «Arcano XIII» y se representa con un esqueleto que lleva una guadaña con la que corta la cabeza tanto de un joven como de un rey.





Siento tanto repelús hacia ese número que soy incapaz de pronunciarlo en voz alta. Tanto es así que hace un mes, por culpa de esa superstición, en la escuela me expulsaron. Tenía que hacer una división para resolver un problema de lógica. Era la siguiente:

845 dividido por 65



El profesor de matemáticas me hizo salir a la pizarra. Me levanté y fui lentamente hacia el encerado intuyendo que la clase no iba a acabar bien para mí. Mentalmente ya había hecho la división. La respuesta era 13, pero yo me negaba a decir ese número.


—Di el resultado en voz alta —me ordenó el profesor.

—La respuesta es $12 + 1$ —susurré.

Todos mis compañeros empezaron a reírse.

—Eso no es un número, es una suma —insistió el profesor.

El profesor de matemáticas avanzó 5 pasos hacia mí.



—¿Quieres decir 13, no? —me preguntó, pensando quizá que me estaba riendo de él.

Mis compañeros esperaban expectantes mi respuesta.

—No, quiero decir... —tomé aire porque ya sabía que me iba a regañar— 12 más 1 .

—¡Expulsado! —me gritó.

Me giré para saludar a mi público y, antes de irme, hice un rápido dibujo en el encerado:



—¿Qué es eso que has dibujado? —preguntó el profesor entre intrigado y furibundo.

Cualquier estudiante se habría dado cuenta de que eran unas orejas de burro.

¿Qué más le daba al profesor que yo dijera $12 + 1$ en lugar de 13? Era sin duda demasiado obtuso, como les ocurría a la mayoría de los adultos. Alguien incapaz de ver o imaginar lo evidente.

El caso es que los números forman parte de nuestro día a día y cada uno de nosotros debe decidir cómo relacionarse con ellos. A mí últimamente parece que me persigue el número 2. He estado investigando en la biblioteca de mi colegio su simbolismo y es fascinante todo lo que he descubierto. El 2 es un exponente de la tremenda polaridad que se mani-



Orejas de burro

fiesta por todas partes. Es más, vivimos en un mundo dual. Son los 2 polos. Luz y oscuridad. Acción y reacción. Bien y mal. Izquierda y derecha. Macho y hembra. Positivo y negativo. Nacer y morir. Alegría y tristeza, optimismo y pesimismo. En cada uno de nosotros puede haber dos personalidades...

La filosofía china, en la que la dualidad se encuentra muy presente a través del yin y el yang, sostiene que en todo lo bueno siempre habrá algo malo y que, del mismo modo, en todo lo malo es posible

que encontremos algo bueno. Y lo aplican tanto a cualquier situación como a cualquier persona u objeto.



Fue hace exactamente un mes, una tranquila tarde de primavera, cuando el número 2 comenzó a manifestarse de una forma muy extraña en mi vida cotidiana. La primera vez que lo noté fue cuando regresaba a mi casa. Cuando llegué al jardín, vi a Stup, el perro de mi hermanastro Robert Allan. Siempre digo que es el animal más feo del mundo, porque parece una rata peluda. Como habitualmente hace, vino a recibirme y yo le mandé que entrara en casa para perderlo de vista. Por el simple hecho de pertenecer a mi hermano, se me hace antipático. Fue entonces cuando oí el ladrido de otro perro en la carretera. Me giré para verlo y... ¡era exactamente igual que Stup! ¿O acaso era Stup? Sus ojos estaban llenos de odio, parecía que quería matarme. Hasta su forma de ladrar era idéntica. En un primer momento, pensé que Stup se había desdoblado. Pero después supe que era un hermano del perro de Robert Allan, de la misma camada que Stup. Sus propietarios vivían a dos calles de nosotros y se les había escapado. Sin embargo, lo que sucedió no hubiera tenido mayor importancia a no ser porque 2 días

después, en la vitrina de la sala de mi casa, vi que junto a una antigua figura de porcelana —un arlequín de vivos colores—, había de repente otra figura exactamente igual a su lado. Le pregunté a mi madre adoptiva de dónde había salido. Ella me dijo que la segunda la había heredado de una tía abuela que había muerto recientemente. «Vaya casualidad», pensé. Y podría dar otros ejemplos de cómo el 2 me perseguía, pero la lista sería enorme, así que concluiré con las 2 manchas de tinta exactamente iguales que aparecieron en mi cuaderno de matemáticas.



Mancha 1



Mancha 2

Sin embargo, lo que más me impactó fue el terrible suceso que se produjo, precisamente, el día 2 de mayo a las 22:00 horas en la ciudad de Boston. El brutal asesinato de un pobre chico de 17 años. El inspector Dupin me pidió ayuda para resolver el caso, y así supe que había 2 sospechosas de su muerte. Precisamente, 2 hermanas gemelas. ¡De nuevo el 2!

Este es el caso que voy a relatar en esta novela. Pero vayamos por partes... Empezaré contando con detalle lo que aconteció desde la primera vez que oí hablar de esas gemelas, justo 2 semanas antes de que se cometiera el asesinato...



